

Cuello blanco, corbata roja

Novela de Othón Quiroz

Cuello blanco, corbata roja, es una espléndida novela que celebra el triunfo de la posibilidad. Primero que nada, de sí misma; de su existencia en el plano de la creación simbólica a partir de una condición genérica precisa, inequívoca, que además se corresponde cabalmente con una cumplida condición objetual. Celebramos aquí, entonces, su exitoso nacimiento, como novela propiamente dicha, al amparo de un consecuente trabajo editorial, limpio, sobrio, atractivo.

Esta afortunada correspondencia entre el mundo del autor y el mundo editorial es apenas el saludo de otras posibilidades que se van cumpliendo en distintos órdenes. El fundamental tiene que ver con el de la escritura como tal, con su régimen impuesto más allá del tema e incluso del autor; de sus ideas y obsesiones, de sus temas y propósitos. Se trata del régimen en que la escritura busca su razón de ser y define su relación con el mundo y con el lenguaje, con lo verídico, lo ficticio y lo verosímil, deambulando por esa zona habitada por la incertidumbre y por lo indeterminado, por lo que tiene que ver con la sensación, con el misterio, antes que con la realidad ya construida, ya *dicha* sobre el orden del mundo. Es en esa zona donde el escritor funda durante un buen tiempo “su casa de estar y no estar” (diría Marco Antonio Montes de Oca), en la más insondable soledad, frente a la página en blanco, contenedora del vacío, o bien, de la más contundente, neutra, opaca e inasible realidad. Es la posibilidad de habitar esa zona la que condiciona la posibili-

dad de ser del creador, del artista, del novelista, y es de ahí desde donde nos aborda en todo momento Othón, a través de su personaje, Antón Campos Zúñiga. Algunos pasajes son particularmente representativos de esta primeridad fundante, de este libre fluir de la magia más allá de los límites relacionales —diríase que burocráticos— del espacio y del tiempo. Cito uno donde el protagonista niño dibuja historias fantásticas en su cuaderno de forma italiana, para entretenerse en la oficina de su padre. Cito:

Podía escenificar carreras de caballos, batallas imaginarias o pasajes de la historia que me hubieran impresionado. El enfrentamiento de dos caballeros medievales bastaba para desatar toda una epopeya sin límites históricos, en cualquier momento se incorporaban indios a uno de los bandos y vaqueros al otro. Al final, provenientes de países desconocidos, hacían su aparición los ejércitos del siglo XX. Había ataques aéreos mezclados con luchas cuerpo a cuerpo entre aztecas y españoles o luchadores técnicos y rudos, con máscara o sin ella, que ocupaban las dos planas del cuaderno. Luego de un primer desenlace venía la continuación, la reconstrucción y luego la revancha. La belicosa historieta podía durar horas. Entre las miradas y las sonrisas de las secretarías disfrutaba aquellas estancias ocasionales en el trabajo paterno.

El emotivo episodio anticipa lo que luego ocurrirá en las oficinas del trabajo propio —similares a las del trabajo paterno— cuando Antón desarrolle una epopéyica defensa de los derechos sindicales de los trabajadores bancarios. Y será en estas luchas plagadas de de-

rrotas, traiciones, reduccionismos dogmáticos y toda clase de desgastes, donde resalte el perfil generacional que con notable convicción investiga la novela, y que se expresa como otra posibilidad: la de luchar sin perder el sentido del humor y del amor, desde el hedonismo, desde la clandestinidad honorable y de plano gozosa, desde una temperatura emocional no amolada por el resentimiento y la rabia —no obstante los reveses sufridos—, y desde un estado lúdico refractario a la solemnidad, a la lambisconería y grisura burocráticas, personificadas cual ninguno por el Sucio Lucio, antítesis de Antón y antihéroe logradísimo de la novela.

En el propio Antón recae la construcción de este tópico generacional, al ser él quien asume la más puntual representatividad. Antón es un tepiteño de origen y tlalpeño por adopción, hijo de madre otomí y de empleado federal congelado. Es un solitario social (o solitario-comunitario) que se autodefine como “apasionado amante, romántico militante, contador sin vocación y cronista burlón de pequeñas experiencias”. Encarnando la paciencia del Hippie y la politización del Yippie, se encarga cotidianamente de que Eros le gane siempre la partida a Tanatos —rock de por medio— disfrutando las cosas nimias de la vida, a la vez que largos y sesudos debates sobre una sociedad en efervescencia.

Su bondad fundamental quizá sea un efecto del caudal de posibilidades que se cumplen a lo largo de su muy aprovechada juventud, en la que el placer es la medida principal de las cosas. Desde una maravillosa pelirroja que se aparece como en sueños en un autobús gringo, hasta la última gran musa con quien emprende un viaje al Amazonas, las fantasías se cumplen una a una; las musas se entregan, casi todas, en medio de memorables reventones, de sublimes momentos de camaradería, de experimentos sociales que, como la comuna en la que vive largo tiempo, si bien, no son la

panacea sesentera, si se antojan como experiencias que valieron la pena. Y aún más, como opciones a repensar.

Con este cúmulo de vivencias logradas, aquí y ahora, de pequeñas pero muy importantes y muy sabrosas victorias, Antón va reivindicando los derechos del Sujeto —de la persona— frente a las Grandes Razones, absolutistas y totalitarias, que buscan anularlo en aras de una supuesta meta colectiva superior. Con ello, el autor nos sitúa con imaginación y originalidad en uno de los principales conflictos de la modernidad —el que enfrenta al sujeto con los absolutos— y ante a la que probablemente es su causa principal: la lógica dialéctica reductiva. Para enfrentar sus terribles limitaciones, compartidas por los poderes de un sistema fraguado en la corrupción, lo mismo que por una izquierda institucional asfixiada en su dogmatismo (ambos, muy bien radiografiados en la novela), Othón nos invita a una reflexión de gran vigencia. Cito a Othón:

¿Puede un mundo fundado en la fragmentación reconstruirse? ¿No será que los anhelos que algunos pensadores y maestros nos heredaron nada tienen que ver con un avanzado proceso de separación de las partes de la vida humana, esa totalidad tan pregonada, no será una nueva trampa religiosa para embaucar románticos? Tal vez deberíamos mandar al carajo los deseos de unir lo disperso, y vivir cada momento por separado, intensamente, tal cual es, en una totalidad donde las partes sean tan independientes como las diversas facetas de cualquier ser polifrénico de esta era. ¡Uff! Qué gruexez.

En la posibilidad del deseo siempre presente, la pequeña utopía suele cumplirse, o mejor debería decir, suele tener un lugar en el mundo. Para la generación de Antón, tiene sentido cuestionar trabajo, vida cotidiana, creencias, costumbres, convenciones sociales y, por supuesto, matrimonio, toda vez que propone opciones realizables. Deseo de por medio y sustentada por una riquísima educación sentimental (magistralmente recreada por el rockero Othón) esta generación tiene aún capacidad de asimilar los golpes y pegarse unas divertidas envidiables. Está muy lejos emocionalmente de la generación de la desesperanza, de la que busca en infinitas posibilidades de orgías y combinaciones sexuales no tanto encontrar pareja o parejas, como sí al deseo. Toda esa música, toda esa poética respaldando una cultura del deseo que imaginaba pleno al derribar obsoletos edificios culturales. Tal vez se trate de la última generación moderna —aún humanista en el sentido pleno y divertido del término— que acaso inspire hoy la lucha contra los hombres-máquina del post-humanismo, como en su momento lo hizo Antón contra las maquinarias del Ogro Filantrópico. Alguna belicosa historieta, como las del personaje niño, narraría encantada tal suceso.

Los avatares y vicisitudes de Antón tejen la trama argumental de la novela, pero ésta se conecta de manera orgánica con diversos tópicos, que el lector advertirá con deleite: la ciudad “de noche de tortilla de diamantes” desde los años sesenta hasta su reconfiguración física y simbólica después del terremoto del 85; sabores de bebidas, botanas y texturas femeninas (humanismo del bueno, insisto); la relación ambivalente con el Norte; sesudas reflexiones sociológicas; lances ensayísticos de temas variopintos; el rock; el propio lenguaje, con su versatilidad y riqueza metafórica.

Estos tópicos que se conectan entre sí en un árbol más que en un rizoma, convienen en un armado de novela histórica dedicada a una época muy reciente de nuestro país, con lo cual se suma a un conjunto importante de obras que constituyen una notable zaga novelística, relativa a la segunda mitad del siglo XX mexicano. Cuello blanco, corbata roja se integra a esta zaga con diversas aportaciones. La más evidente tiene que ver con la reconstrucción en nuestra memoria cultural de las luchas de los trabajadores bancarios, a través de una verosímil y atractiva combinación de historia y ficción, con un desenlace muy divertido. Otra aportación más tiene que ver con un rescate histórico de las ideas, marco de creencias y poética de ese tiempo, a partir de un abordaje que no escatimó el valor de la nostalgia como un sabroso almíbar que se consume con placer, bien dosificado, para evitar esa embriaguez de pasado de cuyos peligros advertía Nietzsche.

Como toda novela sería, ésta de José Othón Quiroz Trejo revela su paso por estaciones obligadas (Gustavo Sáinz, Parménides García Saldaña, José Agustín, Aguilar Camín, Paco Ignacio Taibo II, Gonzalo Martre, Saltiel Alatraste, Juan Villoro, Guillermo Samperio, Rafael Heredia, y otros más, claro) y por ello puede marcar su distancia y establecer su propia estación. Es un lugar que invita a quedarse, con el gratificante arte combinatorio de su lenguaje, fraguado con una prosa profundamente inspirada, de grandes despliegues metafóricos, intercalada con otra de altos registros descriptivos, que resalta al mezclar con oficio escritural en primera y segunda persona.

Representa para mí un gusto y un honor celebrar con Othón y con ustedes este triunfo de esta posibilidad, que lo es aún más por tratarse de un novelista que debuta como tal en un momento preciso, cuando tenía algo realmente muy interesante que decir.

Por Luis Rius Caso